

soldados, y la rapidez de sus operaciones desconcierta a Austria. Combate de Lech; combate de Werthingen; combate de Guntzbourg. El 17 de octubre se presenta Bonaparte delante de Ulm. Grita a Mack: *¡Abajo las armas!* y Mack obedece con sus treinta mil hombres. Munich se rinde. Cruza el Inn; se apodera de Salzbourg; franquea el Traun. El 13 de noviembre penetra en una de esas capitales que había de visitar una tras otra: atraviesa Viena, y encadenado a sus propios triunfos, es arrastrado por ellos hasta el centro de la Moravia, para salir al encuentro de los rusos.

Bohemia se insurrecciona a su izquierda; se revolucionan los húngaros a su derecha; el archiduque Carlos acude de Italia. Prusia entra clandestinamente en la coalición, y no habiéndose declarado todavía, envía al ministro de negocios, Haugwitz, portador de un ultimátum.

Llega el 2 de diciembre de 1805, y con él la batalla de Austerlitz. Los aliados aguardaban un tercer cuerpo de ejército ruso que se hallaba a unas ocho jornadas. Kutuzoff sostenía que no se debía arriesgar una batalla: Bonaparte, por medio de sus maniobras, obliga a los rusos a aceptar el combate, y son derrotados. En menos de dos meses, los franceses, partiendo del mar del Norte y del otro lado de la capital de Austria, derrotan las legiones de Catalina. El enviado de Prusia va a felicitar a Napoleón en su cuartel general: «Esa es—le dice el vencedor—una felicitación cuya dirección ha cambiado los sucesos.» Francisco II se presenta a su vez en el vivac del militar afortunado: «Os recibo—le dice Bonaparte—en el palacio que habito hace dos meses.» «Sabéis sacar tanto partido de esa habitación—respondió Francisco—que debe, sin duda, agradaros.» Soberanos como éste no merecían siquiera que se les destronase. Se acuerda un armisticio, y los rusos se retiran en tres columnas, y en la forma que el emperador había exigido. Desde la batalla de Austerlitz no hace ya Napoleón nada con acierto.

El 26 de diciembre de 1805 se firma el tratado de Presburgo. Bonaparte crea dos reyes: el elector de Baviera y el de Wurtemberg. Las repúblicas que forma son devoradas por él mismo para convertirlas en monarquías; y en contradicción con este sistema, el 27 de diciembre de 1805, en el palacio de Schönbrunn, dice que la *dinastía de Nápoles había cesado de reinar*; pero esto era por reemplazarla

con la suya: a su voz, los reyes entraban o saltaban por las ventanas.

La guerra, empezada en el Tirol, había proseguido en tanto que continuaba en Moravia. En medio de tantas prosternaciones, cuando se ve a un hombre de pie, se respira: el tirolés Hofer, no capituló como su señor; pero la magnanimidad no conmovió el corazón de Bonaparte, sino que la tomaba por necesidad o por locura. El emperador de Austria abandonó a Hofer. Cuando yo crucé el lago de Garde, inmortalizado por Cátulo y por Virgilio, me enseñaron el sitio donde fué fusilado el cazador: esto es cuanto he sabido personalmente del valor del súbdito y de la cobardía del príncipe.

El 14 de enero de 1806, el príncipe Eugenio se casó con la hija del nuevo rey de Baviera. Los tronos reflujan por todas partes a la familia de un soldado de Córcega. El 20 de febrero decretó Napoleón la restauración de la iglesia de Saint-Denis, y destinó los panteones reconstruidos para sepultura de los príncipes de su estirpe; pero Bonaparte nunca será enterrado en ellos; el hombre cava su sepultura, y Dios dispone de ella.

Berg y Cleves son devueltas a Murat. José recobra las dos Sicilias. Por el cerebro de Napoleón cruza un recuerdo de Carlomagno, y crea la universidad.

La república de Batavia, forzada a amar a los príncipes, envía a pedir a Bonaparte el día 5 de junio de 1806 que le conceda por rey a su hermano Luis.

La idea de asociar la Batavia a Francia, por medio de una unión más o menos encubierta, provenía únicamente de una codicia ilimitada e injusta: esto era preferir una pequeña provincia a las ventajitas que se obtendrían de la alianza con un gran reino unido, aumentando sin provecho los temores y las envidias de Europa: esto era asegurar a los ingleses en su posición en la India, obligándoles, para su seguridad, a que conservaran el cabo de Buena Esperanza, y Ceylán, punto de que se habían apoderado a nuestra primera invasión en la Holanda. Estaba preparada la escena del otorgamiento de las Provincias Unidas al príncipe Luis: se dió en el palacio de las Tullerías una segunda representación de Luis XIV, haciendo aparecer en el palacio de Versalles a su nieto Felipe V.

El 12 de julio de 1806 se llevó a cabo el tratado de la confederación de los Estados del Rin; catorce príncipes alemanes se separan del imperio, uniéndose

entre sí y con Francia, tomando Napoleón el título de protector de esta confederación.

El 20 de julio se firma la paz de Francia con Rusia, y Francisco II, a consecuencia de la Confederación del Rin, renuncia el día 6 de agosto a la dignidad de emperador electivo de Alemania, haciéndose emperador hereditario de Austria; el Santo Imperio romano se derrumba, y aquel importante acontecimiento casi pasó inadvertido; después de la Revolución francesa, todo parecía insignificante; después de la caída del trono de Clovis, apenas se oía el ruido de la caída del trono germánico.

Al comenzar nuestra Revolución, tenía Alemania una porción de soberanos. Dos monarquías principales tendían a atraer hacia sí los demás poderes inferiores: Austria, creada por el tiempo, Prusia, creada por un hombre. Dos religiones dividían el país, fundándose en las bases del tratado de Westfalia. Alemania soñaba en la unidad política, pero faltaba a esta potencia, para llegar a la libertad, la educación política, como le falta a Italia para el mismo fin la educación militar. Alemania, con sus rancias tradiciones, asemejábase a esas basilicas de amontonados campanarios que pecan contra las reglas del arte, aun cuando por eso no dan una idea menos grande de la majestad de la religión y el poder de los siglos.

Guiado siempre por su espíritu de trastorno, imaginó Bonaparte por entonces el gran sanedrín; esta asamblea no le adjudicó a Jerusalén; pero, de consecuencia en consecuencia, hizo afluir los fondos del mundo a las covachas de los judíos, y ha producido, por lo tanto, un cambio poco favorable en la economía social.

El marqués de Lauderdale fué a París reemplazando al señor Fox en las negociaciones pendientes entre Francia e Inglaterra, negociaciones diplomáticas que no tuvieron más resultado que aquella frase del embajador inglés sobre el señor de Talleyrand: «Eso es barro (1) cubierto con una funda de seda.»

(1) Y no pongo aquí la palabra textual, sino otra menos significativa.

CUARTA COALICIÓN.—CAMPAÑA DE PRUSIA. —DECRETO DE BERLÍN.—GUERRA EN POLONIA CONTRA RUSIA. —TILSIT. —PROYECTO DE REPARTICIÓN DEL MUNDO ENTRE NAPOLEÓN Y ALEJANDRO. —PAZ. —GUERRA DE ESPAÑA. —ERFURT. —APARICIÓN DE WÉLLINGTON. —PÍO VII. —REUNIÓN DE LOS ESTADOS ROMANOS A FRANCIA.

Durante el año 1806 se forma la cuarta coalición. Napoleón sale de Saint-Cloud y llega a Maguncia, apoderándose en Saalbourg de los almacenes del enemigo. El príncipe Fernando de Prusia es muerto en Saalfeldt. En Aversaedt y en Jena, el 14 de octubre, desaparece Prusia con esta doble batalla: yo no pude encontrarla a mi vuelta de Jerusalén.

El boletín prusiano lo refiere todo en una sola línea: «*El ejército real ha sido derrotado. El rey y sus hermanos viven.*» El duque de Brunswick sobrevivió poco tiempo a sus heridas; en 1792, su proclamación había conmovido a Francia; el duque me saludó en el camino cuando, pobre soldado, iba a reunirme con los hermanos de Luis XVI.

El príncipe de Orange y Moellendorf, y muchos oficiales generales encerrados en Halle, obtienen el permiso de retirarse, en virtud de la capitulación de la plaza.

Erfurt capitula; Davoust se apodera de Leipzig; se fuerzan los pasos del Elba; Spandau cede, y Bonaparte hace prisionera en Postdam la espada de Federico. El 27 de octubre de 1806, el gran rey de Prusia escucha alrededor de sus palacios vacíos de Berlín un ruido de armas que le revela la presencia de granaderos extranjeros; era Bonaparte que había llegado. En tanto que el monumento de la filosofía se hundía en las aguas del Spree, yo visitaba en Jerusalén el eterno monumento de la religión.

Stettin y Custrin se rinden; se alcanza en Lubeck una nueva victoria; la capital de la Wagria es tomada por asalto. Blücher, destinado a entrar por dos veces en París, queda prisionero de Francia. Esta es la historia de Holanda y de sus cuarenta y seis ciudades, tomadas en un viaje hecho por Luis XIV en 1672.

El 21 de noviembre se publica el decreto de Berlín sobre el sistema continental, decreto gigantesco que aisló a Inglaterra de las demás naciones, y que estuvo para llevarse a cabo: este decreto

parecía descabellado, pero era grande. Sin embargo, si el bloqueo continental dió vida por un lado a las manufacturas de Francia, de Alemania, de Suiza y de Italia, por otro extendió el comercio inglés en el resto del mundo: disgustando a los gobiernos de nuestra alianza, insurreccionó los intereses industriales y fomentó los odios, contribuyendo al rompimiento entre el gabinete de las Tullerías y el de San Petersburgo. El bloqueo fué, pues, un acto dudoso, y con seguridad que Richelieu no lo hubiera emprendido.

El invierno de 1807 suspendió las hostilidades entre Francia y Rusia; pero estos dos imperios se habían abordado, y se observaba ya una alteración en los destinos de ambos. Sin embargo, el astro de Napoleón adquiere aún más brillo, a pesar de sus aberraciones. El 8 de febrero de 1807 se halla sobre el campo de batalla de Eylau: nos ha quedado uno de los más hermosos cuadros de Gros, que representa aquella espantosa carnicería, y que se halla adornado con la cabeza idealizada del emperador. Después de cincuenta y un días de atrincheramientos, Dantzig abre sus puertas al mariscal Lefebvre, que no había cesado de decir a los artilleros durante el sitio: «Yo no sé nada; pero abrid un pequeño agujero, y pasará por él.» El antiguo sargento de la guardia francesa fué nombrado duque de Dantzig.

El 14 de junio de 1807, Friedland costó a los rusos diez y siete mil muertos y heridos, otros tantos prisioneros, y setenta cañones; pero pagamos demasiado caro este triunfo; habíamos cambiado de enemigo, y no se obtenía una victoria sin mucha sangre. Königsberg cayó en nuestro poder, y se firmó un armisticio en Tilsit.

Napoleón y Alejandro celebraron una entrevista en su pabellón. Alejandro arrastraba tras sí al rey de Prusia, a quien apenas se distinguía; la suerte del mundo flotaba sobre el Niemen, donde debía fijarse más adelante. En Tilsit redactaban un tratado secreto, compuesto de diez artículos. Con arreglo a aquel tratado, la Turquía europea debía ser devuelta a Rusia, así como las conquistas que los ejércitos moscovitas hiciesen en el Asia. Por su parte, Bonaparte se hacía dueño de España y Portugal, reunía Roma y sus dependencias al reino de Italia, marchaba al Africa, se apoderaba de Túnez y de Argel, ocupaba Mal-

ta, e invadía el Egipto, abriendo el Mediterráneo solamente a las naves francesas, rusas, españolas e italianas: estas eran las ideas obligadas de la cabeza de Napoleón, y ya se había frustrado un proyecto de invasión de la India concertado entre él y Pablo I en 1800.

Se terminó un convenio de paz el 7 de julio. Napoleón, que desde un principio se había hecho odioso a la reina de Prusia, no quiso acceder en nada a sus intercesiones. Esta habitaba una pequeña casa abandonada en la orilla derecha del Niemen, y, no obstante, le hicieron por dos veces el honor de invitarla a los festines de los emperadores. La Silesia, injustamente invadida en otra época por Federico, fué devuelta a Prusia; respetábase el derecho de la antigua injusticia; lo que provenía de haberse canonizado la violencia. Cierta parte del territorio polaco pasó en soberanía a Sajonia. Dantzig recibió su indulgencia, sin recordar los hombres muertos en sus calles y en sus fosos: ¡ridículos e inútiles asesinatos de la guerra! Alejandro reconoció la Confederación del Rin y a los tres hermanos del emperador, José, Luis y Jerónimo, como reyes de Nápoles, de Holanda y de Westfalia.

La fatalidad con que Napoleón amenazaba a los reyes amenazábale a él mismo; casi simultáneamente atacaba a Rusia, a España y a Roma, cuyas tres empresas le perdieron. En el *Congreso de Verona*, cuya publicación ha precedido a la de estas *Memorias*, se ha visto la historia de la invasión de España. El tratado en Fontainebleau se firmó el 27 de octubre de 1807. Habiendo llegado Junot a Portugal, declaró, con arreglo al decreto de Napoleón, que la casa de Braganza había cesado de reinar; sin embargo, aun sigue reinando. Estaban en Lisboa tan bien instruidos de lo que pasaba sobre la tierra, que Juan VI no tenía noticia de este decreto sino por medio de un número del *Monitor*, que había llegado casualmente a su poder, y ya el ejército francés se hallaba a tres jornadas de la capital de Lusitania. No quedaba a la corte más recurso que el de huir por los mares que saludaron las velas de Gama y oyeron los cánticos de Camoens.

Al mismo tiempo que Bonaparte, por su desgracia, llegó al Norte de Rusia, levantóse el velo que encubría el Mediodía, viéndose nuevas regiones y nuevas esce-

nas: el sol de Andalucía, las palmeras del Guadalquivir, que nuestros granaderos saludaron presentando las armas. Se vieron en la arena los combates de los toros, los guerrilleros desnudos sobre las montañas, y los frailes orando dentro de los claustros.

El espíritu guerrero cambió con la invasión de España; Napoleón se halló en contacto con Inglaterra, su genio funesto, y le enseñó el arte de la guerra: Inglaterra destruyó la flota de Bonaparte, en Abukir, le detuvo en San Juan de Acre, le quitó sus últimos navíos en Trafalgar, le obligó a abandonar Iberia, se apoderó del Mediodía de Francia hasta el Garona, y lo esperó en Waterloo. Ella conserva aún su tumba en Santa Elena, así como se apoderó de su cuna en Córcega.

El 5 de mayo de 1808, el tratado de Bayona cedió a Bonaparte, a nombre de Carlos IV, todos los derechos de este monarca. El rapto de España hizo de Napoleón un príncipe de Italia semejante a Maquiavelo, salva la enormidad del robo. La ocupación de la península disminuyó sus fuerzas contra Rusia, de la que era aún ostensiblemente amigo y aliado, aunque en el fondo la odiaba. En su proclama, Napoleón dijo a los españoles: «Vuestra nación perecía; he visto vuestros males, y voy a remediarlos; quiero que vuestra posteridad conserve mi recuerdo y que diga: *él fué el regenerador de nuestra patria.*» En efecto, él fué el regenerador de España, pero pronunciada sobre palabras cuyo sentido no comprendía bien. Un catecismo de aquella época, escrito por los españoles, explica el verdadero sentido de la profecía:

«—Dime, niño, ¿qué eres? — Español, por la gracia de Dios. — ¿Quién es el enemigo de nuestra felicidad? — El emperador de los franceses. — ¿Quién es éste? — Un perverso. — ¿Cuántas naturalezas tiene? — Dos: la naturaleza humana y la naturaleza diabólica. — ¿De quién se deriva Napoleón? — Del pecado. — ¿Qué suplicio merece el español que no cumple sus deberes? — La muerte y la infamia de los traidores. — ¿Quiénes son los franceses? — Antiguos cristianos convertidos en herejes.»

Napoleón, después de su caída, condena, en términos nada equívocos, su empresa de España: «Llevé muy mal—dice—todo este asunto: *la inmoralidad debió hacerse demasiado patente, y la injusticia demasiado cínica*, quedando un

todo informe, puesto que he llegado a sucumbir; porque el *atentado* no se presenta sino bajo su vergonzosa desnudez, y privado de la grandiosidad y de los inmensos beneficios amontonados en mis intenciones. No obstante, la posteridad lo hubiera preconizado si hubiese llevado a cabo mi plan, y tal vez con razón, atendiendo a sus grandes y felices resultados. Esto me ha perdido. He destruído mi moralidad en Europa y abierto una escuela a los soldados ingleses. Esa funesta guerra de España ha sido una verdadera llaga, y la causa primitiva de la desgracia de Francia.»

Esta confesión (empleando la misma frase de Bonaparte) es *demasiado cínica*, pero no puede engañarnos: al acusarse de esta manera tiene el objeto de presentar un atentado aisladamente, a fin de causar una admiración no interrumpida con todas sus demás acciones.

Perdida la batalla de Bailén, los gabinetes europeos, asombrados del triunfo de los españoles, se avergonzaron de su propia pusilanimidad. Wellington aparece por primera vez en el horizonte, en el instante en que el sol descende a su ocaso; desembarca un ejército inglés cerca de Lisboa el 31 de julio de 1808, y el 30 de agosto las tropas francesas evacúan la Lusitania. Soult tenía proclamas en que se intitulaba Nicolás I, rey de Portugal. Napoleón llamó de Madrid al gran duque de Berg. Se le ocurrió hacer un cambio entre José, su hermano, y Joaquín, su cuñado; tomó la corona de Nápoles de la cabeza del primero, y la colocó sobre la del segundo.

Napoleón dió en Erfurt el 22 de septiembre una de las últimas representaciones de su gloria. Creía haberse burlado de Alejandro y haberle engraido con sus elogios. Cierta general decía: «Acabamos de hacer tragar un vaso de opio al zar, y mientras duerme, iremos a ocuparnos en otro asunto.»

Un cobertizo había sido convertido en teatro; dos sillones de brazos, colocados delante de la orquesta, estaban destinados a los dos potentados; a izquierda y a derecha había sillas para los monarcas; detrás había banquetas para los príncipes. Talma, rey de la escena, representaba ante una sala llena de reyes. Al pronunciar el verso:

*L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux.*

«La amistad de un hombre grande es un beneficio de los dioses»,

Alejandro apretó la mano de su *gran amigo*, y se inclinó exclamando: «Nunca lo he conocido tanto como hoy.»

Alejandro era entonces un necio a los ojos de Bonaparte, que se reía de él; cuando le creyó un malvado, le admiró. «Es un griego del Bajo Imperio—decía—, de quien hay que desconfiar.» En Erfurt, Napoleón afectaba la falsedad descarada de un soldado vencedor; Alejandro fingía como un príncipe vencido; la astucia luchaba contra la mentira; la política de Oriente y la de Occidente conservaban sus respectivos caracteres.

Inglaterra eludía las proposiciones de paz que se le hicieron, y el gabinete de Viena se preparaba disimuladamente para la guerra. Entregado de nuevo a su imaginación, Bonaparte hizo esta manifestación al cuerpo legislativo el 26 de octubre:

«El emperador de Rusia y yo hemos tenido una entrevista en Erfurt: estamos de acuerdo e invariablemente unidos, así para la paz como para la guerra.» Y añadió: «Cuando yo aparezca al otro lado de los Pirineos, el leopardo sentado se arrojará en el Océano para evitar la vergüenza, la derrota o la muerte.» Y, a pesar de esto, el leopardo se presentó en el lado de acá de los Pirineos.

Bonaparte, que siempre creía lo que deseaba, pensó poder volver a Rusia después de haber acabado de someter a España en cuatro meses, como había llegado después a la legitimidad; consecuente con este proyecto retiró ochenta mil veteranos de Sajonia, Polonia y Prusia, y fué con ellos a España, diciendo a la diputación de Madrid: «No hay obstáculo alguno que pueda retrasar por mucho tiempo la ejecución de mi voluntad. Los Borbones no pueden ya reinar en Europa, y no puede existir en el continente ningún poder que esté bajo la influencia de Inglaterra.»

Hace treinta y dos años que se pronunció este oráculo, y la toma de Zaragoza, desde el 21 de febrero de 1809, anunció la libertad del mundo.

Todo el valor de los franceses fué inútil: las selvas se armaron; los arbustos se convirtieron en enemigos. Las represalias no servían de nada, porque en aquel país las represalias son una cosa corriente. La jornada de Bailén; la resistencia de Gerona y de Ciudad Rodrigo iniciaron la resurrección de un pueblo. El marqués de la Romana, del fondo del Báltico llevó sus regimientos a

España, como en otro tiempo los francos escapados del Mar Negro desembarcaron triunfantes en la desembocadura del Rin. Vencedores de los mejores soldados de Europa, derramábamos la sangre de los frailes con aquel furor impío que Francia debía a los sarcasmos de Voltaire y a la demencia del Terror. Y, no obstante, aquella milicia del claustro fué la que puso un término a los triunfos de nuestros soldados veteranos: no esperaban éstos encontrar aquella falange de hábitos, cabalgando como dragones de fuego sobre las abrasadas vigas de los edificios de Zaragoza, cargando las escopetas entre las llamas, al son de las guitarras, al canto de las boleras y del réquiem de la misa de los difuntos. Las ruinas de Sagunto aplaudieron.

A pesar de esto, el secreto de los palacios de los moros, convertidos en basílicas cristianas, fué descubierto: las iglesias saqueadas perdieron sus obras maestras de Velázquez y Murillo: una parte de los huesos de Rodrigo desapareció de Burgos: se creían tan cubiertos de gloria, que no temían levantar contra sí los restos del Cid, así como no se había temido irritar la sombra de Condé.

Cuando, al abandonar las ruinas de Cartago atravesé la Hesperia, antes de la invasión de los franceses, vi a los españoles protegidos aún por sus antiguas costumbres. El Escorial presentó ante mis ojos un solo punto y en un solo momento la severidad de Castilla: asilo de cenobitas, construido por Felipe II en forma de la parrilla de un mártir, para conmemorar uno de nuestros desastres, elevábase sobre un suelo compacto y obscuro. Guardaba las tumbas de los reyes pasados y venideros, una biblioteca que las arañas habían marcado con su sello, y las obras maestras de Rafael apollándose en una sacristía desierta. Sus mil ciento cuarenta ventanas se abrían sobre los espacios mudos del cielo y de la tierra: la corte y los cenobitas reunieron allí en otro tiempo el siglo y el cansancio del siglo.

Al lado del inmenso edificio, de aspecto inquisitorial, había un jardín estriado de retamas, y un pueblo cuyos hogares, ennegrecidos por el humo, denotaban el antiguo paso del hombre. Aquel Versalles estéril no se poblaba sino durante la estancia intermitente de los reyes. Allí vi a los tordos anidados en los techos ruinosos. Nada hay más imponente que esa arquitectura santa y sombría,

de invencibles creencias, de aspecto elevado y de taciturna experiencia; una fuerza irresistible hacía fijar mis miradas sobre las salientes pilastras de piedra, que llevaban la religión sobre sus cabezas.

¡Adiós monasterios, a los que dirigí una mirada en los valles de Sierra Nevada, y desde las playas de Murcia! Allí, al sonido de una campana que pronto se dejará de oír bajo los arcos ruinosos, entre los cánticos sin anacoretas, entre los sepulcros sin voz, y entre los muertos sin manes; allí, en aquellos refectorios desiertos, en aquellos patios a los que Bruno legó su silencio, Francisco sus sandalias, Domingo su antorcha, Carlos su corona, Ignacio su espada y Rancé su cilicio, en el altar de una fe que se extingue, se acostumbraban a despreciar el tiempo y la vida; y si aun agitaban al corazón los sueños de las pasiones, la soledad les daba un modo de ser que se unía bien a la vanidad de los sueños.

Al través de aquellas construcciones fúnebres, se veía cruzar la sombra de un hombre enlutado: era la sombra de Felipe II, su fundador.

Napoleón había entrado en la órbita del que los astrólogos llaman *planeta de paso*. La misma política que le conducía a España vasalla, agitaba a Italia sometida. ¿Qué más deseaba el clero? El sumo pontífice, los obispos, los sacerdotes, el catecismo mismo, ¿no abundaban en elogios de su poder? ¿No predicaban demasiado su obediencia? ¿Eran un obstáculo los pobres Estados Romanos disminuidos en una mitad? ¿No disponía de ellos a su capricho? La misma Roma, ¿no había sido despojada de sus obras maestras y de sus tesoros, no quedándole más que sus ruinas?

Pío VII había consagrado a Napoleón. Próximo a volver a Roma, hicieron comprender al papa que era muy fácil retenerle en París: «Todo está previsto—respondió el pontífice—; antes de dejar Italia he firmado una abdicación en toda regla, que se halla en poder del cardenal Pignatelli, en Palermo, y fuera del dominio de Francia. En vez de un papa, sólo retendréis a un sacerdote llamado Bernabé Chiaromonte.»

El primer pretexto de queja del descontentadizo Bonaparte, fué el permiso que el papa concedió a los ingleses (con los que se hallaba en paz el pontífice)

para que pudiesen ir a Roma como los demás extranjeros.

Además, habiéndose casado Jerónimo Bonaparte con la señorita Paterson, Napoleón desaprobó aquél enlace: la esposa de Jerónimo, próxima a dar a luz un hijo, no pudo desembarcar en Francia, y fué obligada a marchar a Inglaterra. Bonaparte quiso que se anulara en Roma aquel matrimonio, y Pío VII se negó a ello, no encontrando en él ningún motivo de nulidad aun cuando fué contraído entre un católico y una protestante. ¿Quién defendía los derechos de la justicia, de la libertad y de la religión, el papa o el emperador? Este decía: «Veo en mi siglo un sacerdote más poderoso que yo: él reina sobre el espíritu, y yo solo reino sobre la materia; los sacerdotes se reservan el alma y me dejan un cadáver.» Sepárese la mala fe de Napoleón de la correspondencia de entre dos hombres, uno en pie sobre las nuevas ruinas, el otro sentado sobre las ruinas antiguas, y se descubrirá un fondo extraordinario de grandeza.

Una carta, fechada en Benavente (España), en el teatro de la destrucción, viene a mezclar lo cómico a lo trágico, y se cree uno transportado a una escena de Shakespeare: el señor del mundo manda a su ministro de Estado que escriba a Roma para que declare al papa que él no aceptaba los cirios de la Candelaria; que el rey de España, José, hacía lo mismo, y que los reyes de Nápoles y de Holanda, Joaquín y Luis, se negaban también a admitirlos.

El cónsul de Francia recibió la orden de decir a Pío VII: «Que no eran ni la púrpura ni el poder lo que daban valor a tales cosas (¡la púrpura y el poder de su anciano prisionero!); que puede haber un infierno para los papas y los curas, y que un cirio bendecido por un sacerdote puede ser tan santo como el del papa.» Injurias miserables de una filosofía de club.

Después de esto, Napoleón, habiendo pasado de Madrid a Viena, y volviendo a representar su papel de exterminador, por un decreto del 17 de mayo de 1809, reúne los Estados de la Iglesia al imperio francés, declarando a Roma ciudad imperial libre, y nombrando una comisión para tomar posesión de ella.

El papa, desposeído, resistía aún en el Quirinal; conservaba cierta influencia sobre algunas autoridades que le eran